

¿HA MUERTO LA

Nuestra sociedad vive entre rupturas y tensiones. A nadie extrañan estos resultados cuando se trata de armonizar en el mismo seno mundos tan distintos y hasta contradictorios. La cohesión, por ejemplo, entre el trasplantado mundo industrial y el rural-marginado en el seno de la misma ciudad, supone la aglutinación de dos sociedades con 300 años de diferencia en edad tecnológica, con sus típicas mentalidades. La distorsión religiosa que siente el liceísta, el universitario y el joven profesional ante los aspectos tradicionales de las expresiones litúrgicas. La extrañeza y frialdad que siente el cristiano tradicional ante las expresiones litúrgicas con que vibra nuestra juventud.

Por fin, el olvido demasiado frecuente de esta dualidad en la proclamación de la misma verdad es una de las causas del éxodo doloroso de tantos cristianos que se sienten extraños en su propia casa. No es raro escuchar que sienten sacudida su fe al participar en ciertas expresiones de religiosidad.

La fervorosa manifestación de piedad popular de estos días de Semana Santa y la participación en ella de personas que lo hacen con devoción desempolvada plantean una gran interrogación: ¿Estamos asistiendo a los restos de un pasado que agoniza? ¿Responden estas manifestaciones al sentir de los jóvenes de hoy, de los adultos de mañana, de la sociedad entrera superindustrializada y desacralizada de pasado mañana?

En una palabra, ¿será la religión sólo nostalgia bienhechora que revive una infancia en que los sueños eran realidad?

LA MUERTE DE CRISTO COMO HECHO CIVIL

Si nos remontamos a la Jerusalén de hace mil novecientos treinta y ocho años nos encontramos con esta realidad: La crucifixión de Jesús de Nazaret aparece como un hecho político. A pesar de que su actuación en la vida había sido integralmente religiosa, los poderes religiosos la hicieron aparecer como una conspiración política. "A éste hemos hallado amotinando nuestra gente y prohibiendo dar tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey." Luc. 23, 1) No es que nieguen su valor religioso —para ellos es un convicto blasfemo—, pero en el fondo se trata de un problema de seguridad política, del mantenimiento del orden religioso y político, ya establecidos en entendimiento de apoyo mutuo. Para el poder romano es una ejecución más entre las numerosas que sembraban de cruces los caminos de Judea.

A los pocos días, esa semilla muerta y abandonada surge con insolente pujanza en retoño aparentemente débil y audaz. El recorrido de los años siguientes nos muestra cómo ese retoño acaba con los fundamentos mismos del Imperio Romano, a pesar de las cruentas persecuciones.

El Cristianismo no empezó, pues, en el templo. Su lugar propio no fue la Iglesia establecida, sino la "polis", la ciudad

como realidad política. Sin embargo, lo que para el no cristiano era un simple problema de seguridad política, se convierte para el creyente en la raíz misma de su vivencia religiosa. Lo que para el espectador es un hecho meramente profano, para el cristiano es algo netamente religioso.

CRISTO ACABA CON LA DUALIDAD SAGRADO-PROFANA

Hay un hecho en el centro de nuestra fe cristiana: la tradicional división "sagrado-profano" se quiebra dentro del ámbito de lo profano. No en el altar del holocausto, sino en el patíbulo de los condenados a muerte. Con este hecho se acaba para el cristiano de primera hora el templo como único lugar sagrado (cfr. Juan 4, 19-24), la distinción de días sagrados y profanos (Gal. 4, 10), las comidas sagradas y profanas (Mat. 15 y Col. 2, 16), las personas sagradas y profanas, las naciones escogidas y paganas (Luc. 10, 18 y Rom. 3, 29).

En otras palabras, se rompe la dualidad entre la vida civil terrena que se expresa en el quehacer cotidiano y la vida religiosa sagrada que tiene lugar en el templo. Se rompe la mutua indiferencia entre las cosas que atañen a esta vida y los actos destinados a asegurar la otra. Se aniquila la posibilidad de unir la pureza religiosa y el amor de Dios con el desprecio o el simple desinterés del prójimo y del pobre. Por eso la Eucaristía, que renueva la entrega de Cristo, parte de la profanidad de la vida y va a transformar la vida más allá del recinto de la celebración. Quienes la celebran de otra manera, en lugar de proclamar a Cristo y su entrega, son reos de la sangre de Cristo (I Cor. 11).

En adelante no hay, sobre la tierra, nada humano que sea profano ni nada sagrado al margen de la vida. La fe cristiana tiene la audacia de afirmar y proclamar que el hecho civil de la ejecución de Jesús de Nazaret, acusado de conspirador político, tiene un significado y trascendencia religiosos. Más aún, afirmamos que se trata del hecho más decisivo de la historia. Con él se modifican de raíz tanto las relaciones sociales entre los hombres como la relación con Dios. Desde ese momento, la tarea histórica de los cristianos, junto con los otros hombres, consistirá en hacer que este espíritu se convierta en realidad concreta: que destierre las situaciones de odio, explotación y cerrazón frente a los hombres y frente a Dios.

Esta apertura a Dios de lo que se consideraba profano no quiere decir que en adelante toda realidad secular deba someterse al yugo de lo religioso, que le imponga desde fuera su dictado, sino que toda ciencia, técnica y trabajo —puestos al servicio del hombre de acuerdo a sus leyes propias de conocimiento y eficacia— permiten, al hombre que las lleva a cabo, su expresión y relación con Dios.

¿DONDE ESTA DIOS?

El timorato grupúsculo de los ignorantes seguidores de Jesús (en el momento eran más bien fugitivos) es testigo

SEMANA SANTA?

(De la Redacción de la Revista)

de la siguiente experiencia: el que fue fiel al hermano despreciado y al Padre, hasta el punto de ser crucificado por esa fidelidad, ha sido acogido y resucitado por el Padre: "A Jesús Nazareno, hombre a quien Dios acreditó entre vosotros con milagros... vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios lo resucitó." (Hechos de los Apóstoles, 2, 22-24.) Esta es la primera proclamación de fe de la comunidad cristiana hecha por Pedro.

En adelante, la muerte de Cristo no será signo de ignominia y de derrota, sino de salvación y esperanza. Y para los creyentes en Cristo se convertirá en fuerza y reclamo permanente de fidelidad al hombre, especialmente al débil, contra todo poder, ya sea político, religioso o de otro orden, que quiera o bien arrogarse el señorío sobre los hombres o la manipulación de Dios al margen de su relación con el prójimo.

Los cristianos sabemos que si bien Cristo no tuvo programa político (lo cual es evidente), su actuación fue política en cuanto se declaró de hecho y de palabra a favor del débil, denunció al poderoso y tomó en serio las miserias y necesidades corporales de los hombres con quienes vivía. Para nosotros, nada humano es intrascendente, ni meramente humano en sentido reductivo, sino que en lo humano está en juego lo divino; lo humano está en impulso ascensional a lo divino, movido por el Espíritu de Cristo que actúa en nosotros. En la muerte por condena civil vemos la máxima y definitiva entrega de Dios a la humanidad y el acto supremo de amor del hombre a Dios. Este doble amor en uno es la nueva y definitiva alianza entre Dios y el hombre. Un hecho civil es el hecho religioso más trascendente de la historia.

Por eso los cristianos nos opondremos por un lado a todo intento de vaciar el hecho de Cristo y reducirlo a mero hecho político; y su programa, a un programa político. Para quien lee el Evangelio con receptividad no puede haber mayor aberración. Pero lucharemos con la misma fuerza contra todo intento (de la derecha, de la izquierda o del centro) de reducir el cristianismo a un hecho religioso sin trascendencia política, a un intento de llegar a Dios pasando de largo junto al prójimo, o a un anclaje en la otra vida sin construir ésta.

MAS ALLA DE LAS PROCESIONES

Por eso la Semana Santa, que es nuestra proclamación de Cristo, de su muerte y de su resurrección, no está atada a la expresión sacral de las procesiones. Ellas son una concreción histórica que merece todo respeto. Pero esa expresión, y cualquier otra forma de celebración que pueda tomar el pueblo cristiano en el futuro, han de tener su trascendencia social y han de producir en los creyentes una conversión a Dios y al prójimo. Supone una identificación con sus luchas por lograr que realmente el sábado y la ley —léase producto territorial bruto, universidad, respeto...—

sean para el hombre, para la convivencia humana. Que el disfrute de bienes sea para todos y para que la búsqueda de la humanidad, que avanza en la historia con sed de plenitud, la encuentre en la aceptación del Padre con el Espíritu de Cristo.

Nosotros, los cristianos, debemos rechazar todo intento de religiosidad que no incluya como esencial la lucha a favor del prójimo: "Si alguno dice: 'Amo a Dios' y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve." (1 Juan, 4, 20) Y el anciano apóstol no permitía que ese amor al prójimo quedara en palabras, como ocurre con frecuencia entre nosotros: "Si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad." (1 Juan, 3, 17)

En cada situación histórica tendremos que ver los cristianos, junto con los que no lo son, cuál es la acción más eficaz y verdadera para que el prójimo se libere de sus necesidades y de sus ataduras interiores y exteriores. Y hoy, en América Latina, la Iglesia va viendo con claridad creciente dónde está el prójimo que sufre y cuál es la acción sincera de solidaridad con él...

BUSCANDO AL HOMBRE NUEVO

Pero la lucha por terminar con la miseria económica es sólo un pasaje en la historia de la humanidad. Un pasaje importante, incluso decisivo para una generación, pero no tanto que vayamos a reducir la problemática humana y con ello el cristianismo al problema económico. La humanidad, la nuestra y la de sociedades con más abundancia, vive con dolores de parto para dar a luz al hombre nuevo. El impulso comunitario cristiano nos debe llevar a crear las condiciones de posibilidad de una sociedad unida y a la vez abierta a la trascendencia. La humanidad que se busca a sí misma, la realización de su unidad, busca sin saberlo a Dios. Por eso, quien ama de veras al prójimo, ama a Dios (Mat. 25) y quien ama a Dios abre las puertas al prójimo. Es el mensaje de Cristo ejecutado y resucitado.

La libertad cristiana que nos trae Cristo no es una libertad de la tarea de realizar la justicia y el amor, sino libertad para el amor, el esfuerzo y para la construcción de un mundo abierto a todos y abierto a Dios.

Por eso cada Semana Santa será para nosotros, Iglesia en América Latina un juicio de nuestra fidelidad a Cristo por lo que hayamos hecho con el prójimo.

El Espíritu de Dios nos dará valor para ser consecuentes en las obras con lo que proclamamos. El miedo al riesgo que supone siempre la fidelidad al débil quedará superado con la garantía cierta de quien resucitó después de haber sido ajusticiado por la misma causa.